



## Meditación sobre el sacerdocio

*FERNANDO COLOMER FERRÁNDIS*

Profesor emérito Instituto Teológico san Fulgencio  
Murcia

### 1. POR QUÉ ME HICE SACERDOTE: LA SEDUCCIÓN DE JESUCRISTO

“¡Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir!” (Jr 20, 7). Estas palabras del profeta Jeremías narran el origen de toda vida sacerdotal. Pues la vocación es un misterio de seducción, y por lo tanto de belleza. Uno se hace sacerdote –se ofrece a la Iglesia como candidato al sacerdocio– porque, de algún modo, ha experimentado la seducción de Jesucristo, seducción que se fundamenta en su belleza, y porque cree que Él le llama a seguirle y servirle como sacerdote.

Si Andrés, que ha pasado tan solo unas pocas horas con Jesús, se dirige a su hermano Simón y le dice: “hemos encontrado al Mesías” (Jn 1, 41), es porque, en ese breve espacio de tiempo, ha percibido que aquel hombre, Jesús de Nazaret, corresponde perfectamente a los anhelos del propio corazón. Y eso es tanto como decir que ha percibido la belleza de Cristo. Porque la percepción de la belleza es la percepción de una realidad que responde a los anhelos del propio corazón. La vida de todo sacerdote se fundamenta en una percepción de la belleza de Cristo –“eres el más bello de los hombres” (Sal 44, 3)– y se sostiene y afianza en el tiempo por la profundización incesante en este misterio de belleza que es el rostro del Señor.

En el origen de toda vocación sacerdotal hay una percepción de la belleza de Dios y una experiencia de la atracción de Jesucristo. El sacerdote es siempre un “enamorado” de Cristo y nunca debe ser un mero “instrumento” de su

acción en medio de los hombres, sino un “amigo” de Cristo, un “íntimo” suyo, alguien que tiene intimidad y confidencialidad con el Señor y, de ese modo, se va transformando en un “icono” de Dios, en un ser cuya compañía, cuyo trato, acerca a Dios. El sacerdote, como Juan el Bautista, es el “amigo del esposo” (Jn 3, 29) que cuida de la esposa, es decir, de la Iglesia, que no es suya sino de Cristo. Y lo hace con un amor esponsal porque, siendo él mismo miembro de la Iglesia, forma parte de la esposa y recibe el amor esponsal de Cristo.

Toda relación de amor y de amistad supone siempre un ámbito de privacidad, de discreción, de silencio, en el cual se producen las confidencias mutuas y se saborea calladamente la presencia del Otro. En este sentido creo que no debemos ver la soledad sólo como un problema y una especie de “maldición”, sino como un ámbito necesario para que nos encontremos cara a cara con el Señor. Si al llegar a casa por la noche nos abalanzamos sobre la televisión o sobre internet porque no soportamos el silencio y la soledad, estamos desperdiciando una gran oportunidad de acoger el amor del Señor y de decirle humilde y sinceramente nuestro propio amor. *Quien no es capaz de soledad, no es capaz de comunión.* Pues la comunión supone siempre un sujeto que se mantiene de pie solo y que, desde su mismidad insustituible, tiene algo que aportar, que dar; y que sabe también recibir porque es consciente de su propia carencia.

## **2. EL PAPEL QUE NOS HA TOCADO REPRESENTAR: SERVIDORES, O SEA, “CRIADOS”**

En este inmenso drama que es la historia de la salvación, el Señor, a cada uno de nosotros, nos ha escogido, nos ha llamado, y nos ha entregado a su Esposa, la Iglesia, para hacerse presente en ella, a través de nosotros, como Cabeza, Pastor, Maestro y Esposo de la Iglesia, siempre dispuesto a dar su vida por ella. Éste es el papel que nos ha tocado. Y este papel no es el de un *líder* sino el de un *criado*. Los sacerdotes somos “criados” de un Señor, que es Jesucristo, y que nos envía a *servir*, como si fueran señores nuestros, a nuestros hermanos los cristianos.

Empleo deliberadamente la palabra “criado” porque la palabra “servidor” es demasiado fina y elegante y no expresa bien toda la crudeza y la radicalidad de la *expropiación* de nuestro ser, que la ordenación sacerdotal comporta. La palabra *criado* evoca una situación en la que los criados no reivindicaban nada, sino que sencillamente *servían* a sus señores. Los *criados* se levantaban de buena mañana, encendían el fuego, calentaban el agua, preparaban el desayuno etc. etc. para que los “señores”, al levantarse, lo encontraran todo en orden.

Así es nuestra tarea como sacerdotes: tenemos que pasar la semana entera preparando el banquete que tendrá lugar el domingo, amasando el pan de la Palabra de Dios mediante el estudio y la preparación de la homilía, horneándolo mediante la oración personal, y representando ante Dios a la porción de su Pueblo que Él nos ha confiado, mediante la oración litúrgica –liturgia de las horas– en la que nosotros le alabamos y le bendecimos en nombre propio y en el de todos nuestros feligreses, al mismo tiempo que intercedemos por todos ellos y por el mundo entero.

Tal vez donde se percibe de una manera más gráfica que somos *criados*, *servidores*, y no “líderes”, es en el sacramento de la penitencia. Porque allí estamos ofrecidos, expuestos, expectantes, esperando que ellos quieran disponer de nosotros. ¿Por qué hemos perdido en buena parte la costumbre de sentarnos en el confesionario y *esperar*? Tal vez sea porque ahí se nos hace muy evidente que somos sus criados y no sus dueños o sus líderes, y que son ellos quienes disponen de nosotros, y nos “utilizan” según su necesidad y su voluntad. Y así debe ser, aunque nuestro amor propio se resienta.

### **3. LA FINALIDAD DEL CRISTIANISMO: LA *THEOSIS*, LA SANTIDAD**

La finalidad del cristianismo no es resolver el problema del hambre, ni de la alfabetización, ni de la sanidad, ni del calentamiento global y el cambio climático, sino proponer a los hombres el don del Espíritu Santo que Cristo nos ha obtenido, por el cual somos hechos partícipes de la vida divina y vamos siendo santificados, tal como suplicó el Señor al Padre: “por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Los sacerdotes existimos para anunciar a los hombres su vocación a la santidad, y para hacerla posible mediante la predicación y los sacramentos.

La santidad humana consiste en la transformación del ser humano en la santidad de Dios, por la participación en la vida divina. La llamada a la santidad nos sitúa en el nivel del ser, antes que en el del hacer. La palabra que, en la tradición indivisa de la Iglesia, expresa el sentido de este misterio es *theosis*, “deificación”. Con ella los Padres de la Iglesia designan la transformación profunda de nuestro ser, operada por el Espíritu Santo, por la que llegamos a ser, como afirma san Pedro, “partícipes de la naturaleza divina” (2Pe 1, 4).

La santidad es mucho más que una conformación moral: es una transformación ontológica de nuestro ser en el ser de Cristo, al cual hemos sido incorporados por el bautismo. Lo cual, obviamente, no es fruto de las virtualidades humanas, sino que es un don que baja del cielo: el cristianismo no es una rea-

lidad humana sino *divina*, que se nos da a través del bautismo, de la Eucaristía y de los demás sacramentos.

Sólo hay uno que puede abrir el cielo, “el que ha venido de arriba” (Jn 3, 31), Cristo, el Señor. Y Él, de entre sus amigos, ha constituido a algunos, a los que ha amado, como dice el prefacio de la misa de Jesucristo sumo y eterno sacerdote, “con amor de hermano”, en *re-presentantes* suyos, para que, actuando en su nombre, *in persona Christi capitis*, abran las compuertas del cielo, y así el milagro de la transfiguración del hombre –*theosis*– se pueda seguir produciendo. Éstos somos los sacerdotes quienes, en virtud del ministerio recibido, somos testigos privilegiados de este misterioso proceso por el que el hombre y el mundo van siendo transfigurados por la gracia de Dios “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo”. Este proceso de transfiguración es el espectáculo más *bello* que existe, porque es también el más *verdadero* y el más *bueno*. Es el espectáculo de la santidad, de los santos, cuya existencia es imposible sin el humilde ministerio de los sacerdotes.

#### 4. EL SACERDOTE Y EL PECADO

Si la finalidad del sacerdocio es servir el misterio de santificación de los hombres, es obvio que el “enemigo” por excelencia de esta obra es el pecado. El pecado no es una mera transgresión de una norma moral, no es una realidad que dependa sólo de la libertad del hombre. En realidad el pecado es una “potencia”, es decir, un poder espiritual contrario a Dios, que posee una fuerza de seducción y atracción sobre los hombres, y que pretende separarlos de Dios, alejarlos del proceso de santificación, hacer imposible la *theosis*, la divinización del hombre que Dios quiere.

El pecado odia a Dios y a su obra en nosotros, y odia, de manera muy especial, a los sacerdotes, que tenemos la misión de anunciar a los hombres la voluntad santificadora de Dios y hacerla posible mediante los sacramentos. De ahí que el pecado se cebe especialmente en nosotros porque si consigue enseñorearse de nosotros tiene mucho adelantado en su lucha contra Dios. Y nosotros somos hombres, frágiles y débiles, como todos los demás, y podemos caer y caemos.

Quisiera subrayar que el pecado de los sacerdotes, nuestro pecado, reviste siempre una especial gravedad, porque comporta como una burla del plan de Dios, como una risa demoníaca que se regocija de ver que aquellos que son los principales agentes de la obra de la santificación caen derrotados por la fuerza del pecado que ellos, en nombre de Cristo, quieren vencer. Que quienes tenemos que ser transparencia y manifestación de la belleza de Dios, manifestemos en

cambio la fealdad del pecado, es una disonancia y un horror extremo, tal como nos enseñó el Señor al decir: “Es imposible que no vengan escándalos; pero ¡ay de aquel por quien vienen! Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. Cuidaos de vosotros mismos” (Lc 17, 1-6).

Así lo percibe el pueblo de Dios que se escandaliza, con toda razón, cuando descubre los pecados graves de sus sacerdotes. Ellos sabían que somos hombres débiles y frágiles como todos; pero esperaban que nuestra *formación* por un lado y nuestra vida de *intimidad con Dios* por otro –“usted que está más cerca de Dios”, nos dicen a veces los fieles–, nos harían capaces de resistir las tentaciones y de no caer en pecado, por lo menos de no caer en pecados muy graves, como los que airean los medios de comunicación, y de otros que no airean pero que lo son igualmente: la superficialidad y la banalización de la predicación, la frivolidad en la manera de celebrar la liturgia o el utilizar el ministerio sacerdotal para destacar y brillar socialmente, etc. etc. Sería muy triste que los fieles se equivocaran al creer que somos hombres de oración y que tenemos intimidad con Dios, y que en realidad no tuviéramos intimidad más que con nuestro propio ego.

Cuando la fuerza del pecado nos vence, pueden venimos tres tentaciones: la de la desesperación (que puede llegar incluso hasta la idea del suicidio), la de la secularización y la de la doble vida. Hay que rechazar cualquiera de las tres. La de la desesperación, porque para Dios nada hay imposible y Él puede hacer –y quiere hacer– con mi barro una vasija hermosa llena de Dios. La de la secularización –salvo en determinados casos que el interesado tiene que discernir con la Iglesia–, porque eso equivaldría a considerar que Cristo se equivocó cuando me llamó, “con amor de hermano”, para que yo le representara a Él como Cabeza, Pastor, Maestro y Esposo de la Iglesia; pero Cristo no se equivocó al hacerlo, como no se equivocó al llamar a Judas. Y sobre todo hay que rechazar la de la doble vida, porque eso sería *instalar* mi vida en la mentira, tanto mi vida como sacerdote como mi vida como hombre. Una cosa es decir una o muchas mentiras a lo largo de la vida, y otra muy distinta y mucho más grave, *instalarse* permanentemente en la mentira.

La postura correcta se fundamenta en la fidelidad a la verdad y en la humildad. La fidelidad a la verdad me obliga a llamar pecado a lo que es pecado y a arrepentirme de él y a llevarlo inmediatamente –y no al cabo de varios meses– al sacramento de la penitencia. Y si alguien es testigo o cómplice de mi pecado, a esa persona le digo, con toda claridad y rotundidad, que lo que he hecho es pecado, que estoy arrepentido, que no lo quiero volver a realizar jamás, que voy a confesarme ahora mismo, que Cristo es lo más grande y lo más bello

que existe, aunque yo no haya sabido vivir a la altura de esa grandeza en esta ocasión, y que por nada del mundo se separe de Él. Y si ha sido cómplice de mi pecado, le ruego que haga lo mismo que yo: arrepentirse y confesarse.

Y la humildad que me permite comprender y asumir con toda paz que “no es raro que la debilidad sea débil y que la enfermedad esté enferma” (san Francisco de Sales) y que, en consecuencia, no me tengo que escandalizar de haber caído y de volver a caer, porque ese escándalo sería fruto de la vanidad y el orgullo de crearme que soy de una naturaleza “especial”, superior, diferente, cuando en realidad soy de la misma naturaleza que todos: todos hemos sido amasados con la misma tierra, como nos recuerda el relato de la creación del hombre en el libro del Génesis. En consecuencia no puedo pretender alcanzar mi conversión en poco tiempo, porque los males que afligen a mi alma son profundos y requieren mucho tiempo y mucha paciencia para que la gracia de Dios los cure del todo. Y que cuando voy a confesarme, Dios no me dice nunca: “¿otra vez?”; Dios no me reprocha nada; al contrario me dice: “¡qué bueno que hayas venido!”. El que reprocha es mi orgullo, mi amor propio, que no quiere reconocer lo débil que soy.

Que el Señor nos conceda un amor a la Verdad mucho más grande que a nuestra imagen, y una humildad llena de confianza en la misericordia de Dios. Para que no nos desalentemos nunca en el proceso de nuestra conversión y seamos siempre fieles al don que Dios nos hizo al hacernos sacerdotes.

## **5. OREMOS AGRADECIDOS Y ARREPENTIDOS**

Todos nosotros podemos apropiarnos las palabras de san Pablo: “Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo. Y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo para los que debían de creer en él para obtener vida eterna” (1Tm 1, 15-16).

Al contemplar la belleza de nuestra vocación, el insondable misterio de que Dios nos haya elegido, llamado y enviado, oremos con un corazón agradecido y arrepentido.

*Agradecido* porque, sin mérito alguno por nuestra parte, el Señor nos ha mirado con amor (Mc 10, 21), nos ha elegido y nos ha confiado el cuidado de sus ovejas (Jn 21, 17). Porque dándonos la capacidad de actuar en su Nombre, nos ha hecho testigos privilegiados de la gran historia de los hombres, que es la historia espiritual, el drama del encuentro entre la gracia y la libertad humana que nosotros percibimos como nadie en el ejercicio de nuestro ministerio.

*Arrepentido* porque posiblemente no hemos dado la talla, no hemos sabido corresponder a tanta gratuidad con una entrega generosa y desinteresada, y nos hemos enredado en rencillas y discordias, fruto de la envidia y de la preocupación narcisista por nuestro ego, lo que forma parte de lo que el Papa llama clericalismo. Arrepentido también porque hemos pecado y con nuestro pecado hemos sido un obstáculo para que los hombres descubran la belleza de Cristo y le den su corazón. Y ese dolor lo llevamos dentro y se hace en nosotros intercesión y súplica para que ningún hombre se aleje de Cristo por culpa nuestra.

Por eso, con toda humildad, hagamos nuestra la oración de aquel zapatero de Alejandría del cual el Señor dijo a san Antonio que estaba más adelantado que él en el camino de la vida cristiana: “Que todos se salven, Señor, sólo yo merezco condenarme. Pero, en la sobreabundancia de tu misericordia, sálvame también a mí”. Que así sea.

